



**ASOCIACIÓN PERUANA DE FACULTADES DE MEDICINA**

**RED PERUANA DE ESTUDIANTES DE MEDICINA (REPEM)**

# **7 Juegos Florales** **Estudiantiles de Medicina**

## **EL DOCTOR HUMANO**

**CUENTO**

**CRISTHIAN DAVID SAAVEDRA GUZMÁN**

**UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO RUIZ GALLO**

2° Puesto  
Categoría Cuento





## EL DOCTOR HUMANO

**Pablo Cervantes**

*“Estaba recordando una sola cosa que le abrió la mente y que jamás pensó poder descubrir en unas palabras tan simples: al fin y al cabo, los doctores solo somos simples humanos”.*

Estaba el doctor Rafael Gonzales sentado sobre la vieja silla giratoria, revisando, como cada mañana a las siete y treinta, las historias de los pacientes del día. El ambiente frío de su consultorio impecable, bien iluminado y con un olor que ya se había combinado con su fragancia desde ya hace 15 años, no describía nada más que la misma personalidad de él. Tenía 50 años encima, una cabeza reluciente que carecía de la frondosa cabellera castaña que le acompañaba hace dos décadas y que se marchitó de a pocos, un rostro cuarteado por el incesante tiempo que le despojó de muchas noches de sueño, de muchos días de familia; pero a cambio le regaló el respeto de algunos desconocidos y también una adicción al cigarro que le acompañaría hasta el último de sus días.

Habían pasado tantas personas por esas cuatro paredes, pero él solo recordaba a aquellas que tenía que recordar; escuchaba con la paciencia de un cura, explicaba como el mejor de los maestros lo hacía con su alumno más terco y cuidaba como lo haría un padre ejemplar. Habían pasado tantas personas por esas cuatro paredes, pero ese invierno sería distinto a causa de la presencia de un niño que, a simple vista, le parecía ser como cualquier otro.

El niño estaba callado, tímido; tenía unos ojos enormes de color café, rizos negros, rostro pálido, los labios agrietados y la respiración acelerada. Tomándole la mano estaba su madre, una morena hermosa de treinta y tantos años bien puestos en sus caderas y en su llamativo pecho, cubiertos apenas con un vestido de flores escotado, que le hubiera hecho olvidar su posición y su seriedad de no ser por ese gesto sombrío que parecía emanarle de las entrañas. La atmósfera se tornó triste, la calma excedía los límites de la cordura; y fue en ese instante en el que Rafael rompió el aire con la crudeza y la potencia de su voz.

- ¿Cómo te llamas, pequeño? ¿En qué les puedo ayudar? –dijo.

La charla había iniciado. El galeno hacía manifiesta toda su experiencia y dominaba la conversación inmiscuyéndose hasta en el último rincón de las palabras de la madre, pero sin



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

ningún resultado. Ella ocultaba algo, tenía miedo o tal vez vergüenza. La calma nunca fue la mejor virtud de Rafael, pero la desarrolló con el pasar de una vida y aprendió a maquillarla siguiendo el consejo de un viejo maestro; sin embargo, en esta ocasión parecía haber olvidado todo lo aprendido. Se le notaba en la voz mientras sus palabras entrecortadas y temblorosas se hacían presentes.

La mirada del niño se fue deformando. La sutileza, que parecía natural en sus ojos, se escapó entre los minutos y el terror empezó a apoderarse de él. Mientras miraba un rincón del consultorio, las pupilas se dilataban hasta perderle el café de los ojos; boquiabierto, tembloroso y agitado; logró tartamudear tres veces, con una lágrima que se le escurría por la mejilla soltó unas palabras susurradas que retumbaron en los oídos del doctor hasta estremecerle la piel.

-A veces puedo verlos ¿Por qué? –dijo.

El silencio se podía hasta respirar. La mente del doctor se detuvo; incluso sus ojos, que mantuvo serenos por 30 años, se transformaban en un lúgubre paisaje que se vio absorbido y minimizado por la mirada de una madre asustada, inquieta y con ansias de respuesta. Las preguntas no se hicieron esperar. Rafael quería saberlo todo, desde cuándo, cómo y dónde fue la primera vez que manifestó algo así. No había sentido un interés tan abrumador desde hace décadas, como si toda la experiencia se le borrara de la mente, como si fuera su primer paciente y tuviera miedo; miedo de no tener las palabras adecuadas, de no saber cómo expresarse. Se veía reflejado en la madre, o tal vez se veía reflejado en el niño. La madre y su hijo soltaban respuestas contradictorias que en cualquier otra circunstancia no hubieran podido confundir al médico, pero esta vez el psiquiatra se hallaba en el limbo localizado entre las preocupaciones de ella, a quién se le notaba cada vez más ansiosa de saber qué es lo que le pasaba a su retoño, y las respuestas incoherentes, pero inexplicablemente sinceras, del menor.

- Tengo miedo, doctor – dijo.

Irónicamente el doctor tenía más miedo que él. Rafael se hallaba bloqueado y solo empezó a imaginar el mundo del niño, el mundo de la madre que, tal vez en toda su frustración, solo podía abrazar a su hijo mientras contenía el llanto para poder decirle que todo iba a estar bien. Miles de ideas le cruzaban la mente al mismo tiempo que su boca solo expresaba lo que cualquier médico ordinario: alguien sin ninguna preocupación y apurado por el tiempo que la burocracia



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

de los hospitales le brinda. Cumplió todos los protocolos médicos de la consulta sumada a la exigencia de una futura atención para evaluar evolución y definir o modificar un tratamiento. Se despidió aliviado de ambos y un respiro profundo se escuchó hasta el pasillo segundos antes de que dijera con su imponente voz:

- Solo cierre la puerta y que nadie pase.

Rafael, atolondrado por sus pensamientos, le daba vueltas al caso. Simplemente ya no dejaba de pensar en el niño y en la madre, en las alucinaciones y en lo afectado que podría estar ese pequeño. Se preguntaba miles de cosas que no tenían respuesta alguna y empezó a sentir la necesidad de querer saber más, sintió la urgencia de sanarlo por completo y sin darse cuenta ya había perdido la noción del tiempo.

Habían pasado todos los pacientes del día y no recordaba a ningún otro que no fuera ese niño y a su madre. Se encontraba envuelto en su historia y en sus penas. Ya era tarde cuando se dio cuenta que estaba inmerso en la culpa de algo que era totalmente ajeno a él; y la impotencia le tocó el pecho, le sacudió los cimientos de su tranquilidad y las lágrimas le brotaban con dolor, con la terrible sensación de vacío e inutilidad que nunca en su vida había sentido. La coraza se había roto y las emociones de una madre se transfirieron como una lanza directa hacia él. Se sentía abandonado por sus años de experiencia y quiso comprenderse a sí mismo.

- ¿Qué pasó? ¿Por qué ahora? –Se preguntaba.

Las respuestas tardaron, pero llegaron. Hizo una evaluación ardua sobre su conducta, sobre sus emociones; y en un parpadeo se convirtió en su paciente y en su doctor.

- La *contratransferencia* ha fallado, Rafael –decía.

Derivó al niño con otro médico. El interés era grande, pero su responsabilidad lo era aún más. Sabía que no podía manejar el caso esta vez, sabía que las emociones le jugarían una mala pasada, sabía que podría empeorar la situación del niño y que, aunque lo deseaba tanto, no podría ayudarlo.

Sentado en esa silla giratoria, que rechinaba sutilmente, empezó a reflexionar como lo solía hacer cuando era joven; dio un sorbo de su café y cayó en cuenta que la relación consigo mismo no



## Asociación Peruana de Facultades de Medicina

andaba bien, que este episodio de su vida arrastró consigo una marea de recuerdos que reventaron en su psique. La vida le puso a prueba y él aceptó el reto: se desvivió por extraños que dependían de él y jamás les falló, o ese creía hasta que llegó el niño. Rafael sabía que recordaría a ese pequeño hasta el último de sus días, pues le recordó ese sentir de angustia que se vio reflejado en la madre, que ya tuvo antes y que prefirió olvidar, que le hizo convertirse en lo que era.

Estaba el doctor Rafael Gonzales sentado sobre la vieja silla giratoria, revisando, como cada mañana a las siete y treinta, las historias de los pacientes del día. Estaba recordando una sola cosa que le abrió la mente y que jamás pensó poder descubrir en unas palabras tan simples: al fin y al cabo, los doctores solo somos simples humanos.